

Friedrich Katz, *De Díaz a Madero. Orígenes y estallido de la Revolución Mexicana*, 1a. reimpresión, México, Editores Independientes, 2005, 118 p. (Bolsillo Era).

Pareciera que el empezar otro siglo, la derrota electoral del partido que gobernó México durante más de setenta años y la cercanía de 2010, año en que se celebrarán dos importantes fechas de la historia mexicana, hubiera hecho necesario ensayar nuevas interpretaciones históricas sobre el siglo que ha terminado, y principalmente sobre el hecho que por definición lo ha marcado: la Revolución de 1910. Para algunos estudiosos, estos ensayos obedecen a que México necesita imaginar un nuevo futuro, y que para ello debe independizarse de su pasado reinterpretándolo.¹

Sea como fuere, el breve volumen de Friedrich Katz es el ejemplo más reciente. De este libro hay que destacar, en primer lugar, el deliberado cuidado con que su autor delimita el alcance de su obra, y que define su posición ante la historia: estudiar los “orígenes” de un fenómeno suena menos categórico que estudiar sus “causas”, palabra que tiene una connotación mucho más definitiva que la primera.² Este cuidado en el uso de los términos contrasta con algunas de sus afirmaciones sobre la naturaleza del controvertido hecho bélico, y aunque no son totalmente novedosas dentro del ámbito de la investigación, su presentación en el formato de libro de bolsillo lleva a recordar aquella famosa *Historia mínima de*

¹ Véase Pedro Pérez Herrero, “Prólogo”, en Enrique Cárdenas Sánchez, *Cuándo se originó el atraso económico de México*, Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset, 2003 p. V.

² No menos discreta resulta la tipografía elegida para referirse al hecho bélico: “revolución mexicana”, en lugar de la “Revolución Mexicana” utilizada por don Daniel —pero no sólo él— en la *Historia mínima*, como si con ello se tratara de eliminar todo rastro de la grandilocuencia y los ropajes oratorios con que por tanto tiempo se le envolvió. A menos que se trate de una simple convención tipográfica dictada por la necesidad de facilitar la formación del texto.

*México*³ que tanto y tan inusitado éxito editorial tuviera en las décadas de los setenta y ochenta.

La primera edición de aquel libro, que abarcaba desde los tiempos prehispánicos hasta 1972, en el que la República Restaurada y el Porfiriato eran tratados por Daniel Cosío Villegas, y la Revolución por Eduardo Blanquel (temas a los que se dedicaba un total de 28 páginas, equivalentes al mismo número de páginas en el libro de Katz, lo cual significa que éste dispuso de un espacio tres veces mayor que Cosío para exponer su interpretación del suceso), data de 1973, y en mayo de 1981, en que se le agregó un nuevo capítulo escrito por Lorenzo Meyer sobre el decenio de los ochenta, iba ya por su sexta reimpresión, con un tiraje total hasta esa fecha de 245 500 ejemplares. Tal vez el libro de Katz no alcance el mismo tiraje, sobre todo porque el libro de don Daniel parece haberse lanzado con un fuerte aparato publicitario,⁴ ausente en el de Katz; pero en todo caso será difícil averiguarlo, pues este último no señala el número de ejemplares tirados, aunque a un año de haber salido su primera edición cuenta ya con una reimpresión, lo que significa que existe interés por saber lo que Katz tiene que decir acerca de un fenómeno cuyas manifestaciones ha estudiado por tantos años.

Aquella *Historia mínima* anunciaba que aun cuando no había sido concebida como libro de texto, podía ser usada “como auxiliar en la enseñanza”, y si consideramos sus continuas reimpresiones a lo largo de los años, es plausible suponer que efectivamente fuera utilizado como tal, por lo que sería interesante conocer la interpretación académica “oficial” que privó de la Revolución Mexicana durante cerca de treinta años en las aulas, a fin de estar en condiciones de detectar las variaciones que de la misma pudiera ofrecer Katz en su libro. Es pertinente recordar que, respecto al periodo previo al estallamiento de la Revolución Mexicana, la *Historia mínima* se benefició de los datos estadísticos económicos y sociales recolectados para la confección de la voluminosa *Historia moderna de México* (10 v., México, Hermes, 1956-1974), y que por lo tanto incorporaba información de primera mano sobre el periodo en cuestión, razón

³ Daniel Cosío Villegas *et al.*, *Historia mínima de México*, 6a. reimpresión, México, El Colegio de México, 1981, 180 p.

⁴ En la contraportada decía que era la primera historia de la nación mexicana que iba “al encuentro del público por tres canales: el libro, la televisión y la radio”.

de más para intentar descubrir qué tanto se ha desplazado la interpretación de la Revolución Mexicana en el lapso de dos generaciones. Por el lado de los *Orígenes*, cabe suponer que al menos una parte de la información utilizada por Katz en esta obra fue recogida en el transcurso de sus investigaciones para el libro sobre Pancho Villa, mismo que aparece incluido en la bibliografía.

Debido a que las fuentes primarias juegan un importante papel en las interpretaciones ofrecidas del periodo, hay que señalar que la de Katz ofrece la novedad de usar los archivos diplomáticos de Alemania, Austria, Estados Unidos y Francia, lo que, según veremos, le ha permitido evaluar con mayor exactitud el papel de las potencias europeas y estadounidenses en los sucesos que llevarían al estallamiento de la revolución de 1910. Respecto a sus fuentes secundarias, la mayoría está integrada por autores extranjeros, figurando entre los nacionales, como era de esperarse, el propio Cosío Villegas con la obra ya mencionada.

La única sección donde los autores mexicanos son mayoría frente a los extranjeros (ocho contra cuatro) es en el rubro de los relatos testimoniales sobre la revolución, pues en cuanto a trabajos interpretativos sobre la revolución posteriores al hecho, los de autores extranjeros superan ampliamente a los de los nacionales: 35 a 14 (71% contra 29%). Por otro lado, es de notar que la gran mayoría de los trabajos utilizados por Katz en su manual no son tan recientes como pudiéramos pensar: la mayor parte de ellos fue publicada en las décadas de los setenta (53%), y los sesenta (22%), que sumados constituyen el 75% de las fuentes secundarias utilizadas —incluyendo las de los de investigadores nacionales—. Las únicas obras utilizadas de los ochenta y los noventa son del propio Katz (*La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, 1980, y *Pancho Villa*, 1998) y de Alan Knight (*La Revolución Mexicana*, 1995).

En resumen, y desde la perspectiva de Katz, las obras más significativas sobre la Revolución Mexicana de 1910 se escribieron en la década de los setenta, y en su mayoría fueron escritas por investigadores de lengua inglesa, lo cual no necesariamente es un defecto. La pregunta sería si un manual basado mayoritariamente en investigaciones de historiadores mexicanos llegaría a conclusiones distintas; y me refiero a obras generales que se publiquen de ahora en adelante, pues tanto la *Historia mínima* como la *Historia moderna de México* ya mencionadas —que son con

las que en cierta forma Katz dialoga— fueron escritas por historiadores mexicanos.

La revolución colmexiana

La fórmula encontrada por Cosío Villegas para explicar la duración del régimen porfiriano y su eventual caída, la principal al menos, está esbozada por una frase clásica dentro de la historiografía porfiriana:

La fórmula de “poca política, mucha administración”, funcionó satisfactoriamente largos años porque el país ansiaba la paz y quería mejorar su condición económica, y porque Porfirio demostró que podía mantener la paz y sabía cómo impulsar la economía nacional. Al final, sin embargo, se hizo cada vez más ingrata hasta provocar la rebelión maderista.⁵

Y se hizo ingrata porque si bien las expectativas de la población se cumplieron en cuanto al mantenimiento de la paz, no pasó lo mismo en cuanto al mejoramiento económico de las capas mayoritarias de la pirámide social mexicana, debido sobre todo a que —a diferencia de las de los países más prósperos como Inglaterra y Estados Unidos— “entre las tres capas de la pirámide mexicana había una gruesa losa impermeable, como de concreto, que ocasionaba que la lluvia caída en la cresta de la montaña se estancara allí, sin escurrir nada o poco a las porciones inferiores de la pirámide”.⁶ Y esa misma situación se sentía en la vida política, donde una nueva generación de jóvenes profesionistas de la clase media sentía la necesidad de “abrirse paso” en la vida pública del país, copada por los viejos desde un tiempo que parecía inmemorial. La ocasión para hacerse por fin presentes en la vida pública del país pareció llegar durante las elecciones de 1910; pero cuando también esta puerta se cerró, “Madero decidió lanzarse a la rebelión armada el 20 de noviembre de 1910, y seis meses después caía estrepitosamente un régimen de gobierno que había sobrevivido en el poder treinta y cuatro años”.⁷

⁵ Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 129.

⁶ *Ibidem*, p. 130.

⁷ *Ibidem*, p. 131-132.

En suma, habrían sido la insuperable pobreza de las capas mayoritarias de la población, así como el frustrado afán de participar activamente en política de la porción más preparada de la clase media mexicana, los factores que habrían empujado la rebelión armada de Madero. Posiblemente esta presentación sea demasiado simple, pero creo que en términos generales refleja la interpretación general que del fenómeno tenían los autores de la *Historia mínima*.

La revolución de Katz

Por su parte, Katz empieza por reconocer que la de 1910 efectivamente fue una revolución social, pero resta excepcionalidad a la situación de falta de democracia y de subdesarrollo económico como condiciones de su estallamiento. Sin embargo, coincide en su apreciación del crecimiento en número e importancia económica de la clase media y en la ausencia de vías legales para su incorporación al proceso político como uno de los factores que terminarían por precipitar la violencia que, en su convergencia con otros tres procesos, dio lugar a una “de las más profundas revoluciones sociales en la historia de América Latina”. Esos otros procesos eran:

La expropiación de las tierras comunales de las comunidades campesinas en el centro y el sur del país; la transformación de la frontera con indios nómadas en una frontera con Estados Unidos y su consiguiente integración política y económica al resto del país así como a la esfera de influencia de Estados Unidos, y el surgimiento de México como escenario principal de la rivalidad europeo-estadounidense en América Latina.⁸

En cuanto al primer punto, se hace una recapitulación del proceso de expropiación de las tierras comunales y del descontento y las rebeliones campesinas a que dio lugar en los estados de Morelos y Guerrero, que por sí solas no hubieran podido derrocar al régimen de Díaz, pero cuya combinación con los otros tres procesos se convirtió en una mezcla explosiva.

⁸Friedrich Katz, *De Díaz a Madero. Orígenes y estallido de la Revolución Mexicana*, 1a. reimpresión, México, Editores Independientes, 2005, p. 11.

El segundo de estos procesos, la transformación de la frontera con los indios nómadas en la frontera con los Estados Unidos, que se aceleró con el inicio de la construcción de ferrocarriles a partir de 1880, tuvo dos facetas: la política, que significó la destrucción de los feudos de caudillos regionales como Pesqueira en Sonora y Terrazas en Chihuahua, y la económica, constituida por las cuantiosas inversiones estadounidenses, buena parte de las cuales se volcó en los estados norteños. Estas transformaciones propiciaron el acrecentamiento del valor de las tierras y la progresiva expropiación de las mismas en perjuicio de los colonos militares, que eran quienes habían ayudado a hacerlas habitables, lo que, aunado a la pérdida de autonomía municipal por parte de las colonias fronterizas, provocó levantamientos esporádicos aun antes de 1910, año a partir del cual alcanzaron proporciones que al régimen le fue imposible sofocar.

A lo anterior hay que agregar que, si en un principio las clases medias norteñas no hicieron causa común con los campesinos y los indios yaquis, sobre todo porque habían salido relativamente beneficiadas con la llegada del capital estadounidense, la inflación provocada por éste en el decenio de 1900-1910, y con ello el deterioro de su nivel de vida, agravado por la repatriación de miles de trabajadores mexicanos durante la crisis económica de 1907 en los Estados Unidos, acrecentó su insatisfacción con las oligarquías locales y el régimen porfirista. Así que su descontento ante la reducción de las oportunidades de ascenso en la escala social las llevó gradualmente a ponerse del lado del resto de los agravados en esta región, incluyendo a los peones de la hacienda tradicional, cuyos motivos de descontento eran más variados.

A juicio de Katz, estos dos procesos plantean dos preguntas:

¿por qué se convirtió el norte en el baluarte de la Revolución Mexicana, del cual surgieron tanto sus dirigentes como sus ejércitos victoriosos? ¿Por qué, entre todas las regiones fronterizas de reciente desarrollo en el continente americano fue la del norte de México prácticamente la única en donde tuvo lugar un victorioso movimiento revolucionario en gran escala?

Y la respuesta que nos da es que, básicamente, lo que “distinguió a la revolución del norte de México de aquellos otros movimientos fue la diversidad de las clases y estratos sociales que se

unieron y la mayor facilidad para conseguir armas”,⁹ lo cual parece bastante sencillo y razonable.

En cuanto al último de los procesos que Katz cree descubrir en ese complejo conjunto de sucesos que condujeron al estallamiento de la Revolución Mexicana, puede sintetizarse diciendo que la hostilidad que el régimen porfirista se había sabido ganar entre las clases medias y bajas de la porción nortea del país se extendió a una serie de poderosos grupos económicos estadounidenses, que sintieron como una agresión el que se invitara a invertir en México a potencias europeas, sobre todo porque las oportunidades de negocios se habían incrementado a raíz de la conversión de México en una potencia petrolera de primera línea hacia 1910; oportunidades que aquellos grupos no estaban dispuestos a ceder a sus competidores europeos, y que terminaron por convertir a México en uno de los principales escenarios de la confrontación europeo-estadounidense en América Latina.

Éstos son los procesos que Katz coloca en los orígenes del magno movimiento social que tan abrupta e inesperadamente se desarrolló ante los ojos de los contemporáneos. Junto a estos procesos, que ayudan a comprender el estallido del movimiento revolucionario, aparecen ahora características del gobierno porfiriano que ayudan a explicar la victoria de los revolucionarios, como el hecho de que, a diferencia de los ejércitos de países como Brasil, Argentina, Chile o Perú, el ejército porfiriano fuera más bien débil y atrasado, así como el carácter cada vez más represivo de su gobierno, lo que en los años inmediatamente anteriores a 1910 se agregó a las consecuencias de la crisis cíclica de 1907-1908 en los Estados Unidos, que tuvo resultados particularmente graves para las clases trabajadora y media de los estados norteaños debido a las malas cosechas que se registraron por esos años en la región, todo lo cual contribuyó a dar “un cariz especialmente militante al descontento que se estaba gestando”.

Y quienes tuvieron más peso en esta insurrección popular fueron los antiguos colonos militares, más cercanos a la clase media urbana que a los grupos indígenas de Chihuahua, tanto por su situación económica como por su origen étnico. Fueron ellos quienes, manteniendo a raya a la elite del ejército federal en 1910, llevaron a cabo el efecto de demostración que hacía falta para que

⁹ *Ibidem*, p. 39.

los indecisos del resto del país secundaran la rebelión, aunque a decir verdad, sólo “se generaron movimientos revolucionarios de gran envergadura en los estados fronterizos del norte y en el estado de Morelos, en el sur del país”, este último casi sin ligas políticas ni personales con el Partido Antirreeleccionista de Madero. Sería ese ejército nortero, “comandado por Pascual Orozco y Pancho Villa, el que ganó la batalla decisiva de la revolución, al capturar la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez, en 1911”.¹⁰

Y fue entonces cuando el gobierno estadounidense le cobró a Díaz sus políticas proeuropeas, permitiendo el envío de armas a los revolucionarios y mostrando abiertamente con sus acciones que ya no lo consideraba capaz de controlar el país. Demostrada la fragilidad del sistema, el gobierno de Díaz no podía tardar más de unas semanas en caer, pero el caso es que no era esto lo que Madero quería —dice Katz—, y por eso permitió al ala conservadora de su movimiento llevar adelante un compromiso con los porfiristas, concretado en el Tratado de Ciudad Juárez, firmado el 21 de mayo de 1911. El tratado implicaba el fin de Díaz, pero conservaba intacto el aparato estatal porfirista, lo que fue visto como un gran error por los seguidores más radicales de Madero.

En oposición a quienes han tildado de ingenuo a este último, Katz afirma que del examen de su política puede concluirse “que no era de ninguna manera un soñador fuera de este mundo, movido por abstractas influencias espiritistas, sino más bien un político perfectamente coherente que reflejaba en su visión del mundo la ideología de la clase terrateniente, teñida de una buena dosis de filantropía”.¹¹ En realidad, el único desacuerdo importante de Madero con los “Científicos” radicaba en su creencia de que, “para conservar el sistema, era necesario integrar mucho más a la clase media en el proceso político”, lo que de acuerdo con lo que llevamos visto parece bastante juicioso. Lo que no parece nada inteligente es la conservación del ejército federal, pero incluso para esto tenía Madero sus motivos:

Hasta el último día que se mantuvo en su cargo, antes de ser asesinado por oficiales de ese mismo ejército federal, Madero lo consideró la piedra angular de su régimen. Con su ayuda había tratado de librar una batalla en dos frentes simultáneos: contra los revoluciona-

¹⁰ *Ibidem*, p. 83.

¹¹ *Ibidem*, p. 88.

rios radicales que exigían cambios sociales, por una parte, y por la otra, contra los conservadores, que intentaban recuperar el poder absoluto tanto tiempo detentado.¹²

Y aquí hay que decir que las libertades democráticas que entonces se vivieron, y que Madero consideraba como la premisa para la incorporación de la clase media al proceso político, fueron aprovechadas por los “Científicos” (pero no sólo por ellos) para atacar por todos los medios a Madero. Los medios legales estuvieron representados por la prensa y el Congreso, y los ilegales por las conspiraciones, las cuales tenían en su favor la inalterada estructura del ejército y la desmovilización de las fuerzas revolucionarias. Por lo que toca al Congreso, hay que decir que, si bien los maderistas tenían mayoría en él, sólo unos cuantos de ellos —los “Renovadores”, cuyo miembro más destacado sería tal vez Luis Cabrera— eran verdaderos revolucionarios comprometidos con cambios radicales en la estructura social, pues los demás “mantenían fuertes ligas ideológicas o sociales con el sistema de Díaz”.

Paralelamente a este golpe desde el interior, las relaciones con el gobierno estadounidense comenzaron a agriarse a partir de marzo de 1912, a raíz de una serie de confrontaciones nacidas también de un malentendido, pues el apoyo inicial de Estados Unidos a Madero “provenía de aquellos elementos que esperaban que mantendría el sistema de Díaz, pero que favorecería al capital estadounidense sobre el europeo”. Para 1913, la tolerancia se había convertido en abierta hostilidad debido a una variedad de motivos, entre los cuales no eran los menores la política interior de Madero, que hacía evidente el hecho de que, pese a todo, no estaba dispuesto a volver al sistema porfirista. La conspiración de Huerta fue la definitiva, y en esta ocasión “el apoyo estadounidense a los antimaderistas alcanzó tales proporciones que inclinó la balanza en favor de los conspiradores”.

Consideraciones

Aquí termina el libro de Katz, y aunque algunas de las diferencias interpretativas con respecto al de don Daniel son sólo de matiz,

¹² *Ibidem*, p. 89.

hay algunas cosas que se destacan con claridad contra el fondo de la *Historia mínima*; por ejemplo, el papel preponderante otorgado por Katz a las clases medias dentro del levantamiento revolucionario de Chihuahua, que habría sido decisivo para el triunfo de la Revolución, y el hecho de que el levantamiento campesino de los pueblos morelenses liderados por Zapata sea presentado como casi totalmente independiente de aquél.

También destaca la preocupación de Katz por aclarar que la presunción sobre la ayuda prestada por la Standard Oil a los ejércitos maderistas no ha sido desmentida hasta la fecha, e incluso en su línea de argumentación la da por hecho, pues de otro modo no se explicaría que los intereses estadounidenses se sintiesen agraviados por no haber sido favorecidos por Madero en su confrontación con los intereses europeos.

Por otra parte, aunque coloca a la desamortización de las tierras de comunidad como uno de los factores que incidieron en el estallamiento de la revolución, su inclusión dentro del proceso más general no parece muy coherente con la idea central: que el movimiento rebelde decisivo en la detonación de la lucha armada en el país estaba compuesto por antiguos colonos militares y otros estratos sociales de Chihuahua, más identificados con las clases medias que con ejércitos campesinos, y que puede considerarse que fueron esos ejércitos los que hicieron posible la revolución. El movimiento morelense y guerrerense aparece, bajo esta perspectiva, totalmente difuminado. Sugiere que fue un movimiento prácticamente autónomo, desligado de aquel otro —el principal— que llevó a sus dirigentes al poder. En vista de ello, el matiz que habría que subrayar en el libro es el que ha conducido a esta visión: la importancia atribuida por Katz al descontento de las clases medias nortañas como motor del estallamiento revolucionario de 1910, que ciertamente se daba en medio de circunstancias económicas y sociales distintas a las del resto del país. Y esto se relaciona con una aclaración que el autor se siente obligado a hacer, y que podría servir para desechar por insustancial una idea que cada cierto tiempo nos receta cierta prensa y alguno que otro diputado: la de que “la Revolución Mexicana fue una revolución de los peones iniciada por los más pobres y en la cual pelearon los que más sufrían. Los hechos históricos no confirman esta apreciación: indican más bien

que el impulso principal de la revolución no provino de los peones”.¹³ Y agrega:

Los hechos históricos tampoco confirman la idea de que la revolución se originó allí donde las privaciones espirituales y materiales de los peones eran mayores. De hecho, el norte “revolucionario” de México ofrecía a sus peones un nivel de vida notablemente superior al que tenían los peones en el sur comparativamente “no revolucionario”, donde el sistema de “servidumbre por deudas” había degenerado hasta llegar a convertirse en una virtual esclavitud, pero donde el estricto aislamiento y supervisión de los peones hacía extremadamente difícil organizar una revolución.¹⁴

Abundando en ello, se sabe que mientras en Coahuila y Sonora el movimiento revolucionario estuvo dirigido por hacendados, cuyos afanes reformistas no iban más allá de lo político (como en el caso de Madero), en Chihuahua —donde se desarrolló el movimiento revolucionario más fuerte del país, y que estaba constituido por “una coalición de la clase media, los obreros y los campesinos”—, dicho movimiento “reclutó a sus dirigentes políticos y militares casi exclusivamente entre la clase media”. Y aunque hubo dirigentes campesinos que alcanzaron renombre, de las filas del campesinado surgió un solo gran dirigente: Francisco Villa, que no puede ser considerado un dirigente campesino tradicional, y cuyo ejército tampoco puede llamarse propiamente campesino debido a su gran heterogeneidad, característica que lo hermanaba con el resto de los ejércitos revolucionarios del estado.

Y en esto se separa un tanto de la interpretación de don Daniel y, cabe suponer, de la mayoría de los historiadores —mexicanos o no— que tantos años y esfuerzos han dedicado al estudio de las rebeliones campesinas en la historia de México. Es cierto que la importancia de las clases medias (o, más precisamente: de ciertas generaciones de individuos que podrían ser adscritos a las clases medias)¹⁵ en la historia ha sido señalada repetidamente, aunque

¹³ *Ibidem*, p. 26. Las cursivas son mías.

¹⁴ *Ibidem*, p. 26-27.

¹⁵ Confróntese con la entrevista publicada por Arturo Jiménez el sábado 8 de octubre de 2005 en *La Jornada*, “La Revolución Mexicana se acabó en los años 40, sostiene Alan Knight”, dentro del marco del Congreso Internacional Eric Hobsbawm, realizado del 3 al 7 de octubre de 2005 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Véase *La Jornada* [en línea], consultada el 24 octubre 2005. Disponible en <<http://www.jornada.unam.mx>>.

de una forma más bien velada, pues los manuales marxistas no depositaban en ellas muchas esperanzas, pero tal vez sea necesario tomarlas más en serio. Seguramente, los estudios que se publiquen con ocasión del centenario de este debatido hecho bélico traerán algunas sorpresas sobre este y otros temas. En todo caso, la revisión de los mitos creados alrededor del mismo no ha terminado.

Hildebrando JAIMES ACUÑA
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa